castillo y las tierras circundantes estaban en disputa. Los Córdova legítimos eran considerados demasiado... liberales para los nuevos tiempos. Muchos huyeron. Otros simplemente dejaron de existir en los registros. Bautista, el hombre que hoy ostenta el poder en la zona, es nieto de quien se encargó de 'limpiar' esos archivos».

Soledad sacó el anillo de sello y lo puso sobre la mesa. La piedra roja brilló bajo la luz de las velas. Mateo retrocedió un poco, como si el objeto quemara.

«Dios mío», susurró. «Ese es el sello del León y la Torre. Se decía que el último dueño, don Alfonso, se lo entregó a su hijo menor antes de que este embarcara hacia América. Ese niño debía ser tu abuelo, Soledad».

«Manuel», confirmó ella. «Él nunca habló de esto. Vivió y murió como un hombre humilde en Valparaíso».

«Fue su seguro de vida», dijo Mateo. «Si Bautista supiera que ese anillo ha vuelto a Córdoba, no dudaría en usar toda su

influencia para que desapareciera de nuevo. Para ellos, ustedes no son parientes lejanos buscando raíces; son una amenaza legal a una fortuna construida sobre la expropiación».

José se inclinó hacia adelante. «No nos interesa el dinero de Bautista. Solo queremos la verdad. Queremos saber qué pasó en esa cámara subterránea que aparece en mis planos».

Mateo palideció aún más. «¿Cámara subterránea? No jueguen con eso. Se dice que bajo el castillo de Almodóvar hay túneles que datan de la época califal, pero que fueron usados durante la guerra para ocultar algo más que personas. Documentos, tesoros, confesiones... cosas que podrían destruir reputaciones que hoy parecen intachables».

Al salir de la taberna, el aire nocturno de Córdoba era fresco, pero Soledad sentía un fuego interno. Caminaron de regreso al hotel, pero al cruzar la plaza de las Tendillas, José se detuvo en seco. El hombre de la chaqueta

de lino gris que habían visto en el aeropuerto estaba allí, de pie junto a una fuente, observándolos descaradamente.

«Ya basta», dijo José, haciendo amago de acercarse al hombre.

«No, José, déjalo», lo detuvo Soledad. «Si nos sigue, es porque tiene miedo. Dejemos que nos siga hasta la puerta de la verdad».

Esa noche, Soledad no soñó con el castillo. Soñó con un pozo. Un pozo profundo, de paredes de piedra húmeda, donde el agua reflejaba no su rostro, sino el de una niña pequeña que lloraba. La niña sostenía una llave idéntica a la que ella guardaba en su maleta. «Debajo del león», decía la niña. «Debajo del león está la sangre».

Al día siguiente, decidieron visitar el castillo de Almodóvar como turistas comunes. Tomaron un autobús que los dejó a los pies de la colina. La subida fue dura para Soledad, pero se negó a detenerse. Con cada paso, sentía que la gravedad perdía fuerza sobre ella. Al llegar a la puerta principal, se detuvo

frente a la inscripción que había visto en sus sueños.

Eran letras talladas en la piedra, casi borradas por los siglos, pero que bajo cierta luz parecían teñirse de un rojo oscuro. «Sanguis Albus, Veritas Aeterna». Sangre blanca, verdad eterna.

«Es aquí», dijo Soledad, tocando la piedra. «José, el jardín de azahar está tras el patio de armas. Tenemos que encontrar la forma de quedarnos después de que cierren al público».

José miró a su alrededor. Había cámaras de seguridad y guardias de uniforme. «Es casi imposible, Sole. Esto no es una película de aventuras. Si nos pillan, terminaremos en una cárcel española antes de que puedas decir 'genealogía'».

Sin embargo, el destino tenía otros planes. Mientras recorrían las almenas, una tormenta repentina, de esas que estallan en Andalucía con una violencia inesperada, oscureció el cielo. El viento empezó a aullar

entre las torres y la lluvia cayó en cortinas densas, obligando a los turistas a buscar refugio. Los guardias empezaron a evacuar las zonas abiertas, pero en la confusión y la falta de visibilidad, Soledad y José se deslizaron por una escalera de caracol que no estaba señalizada.

Se encontraron en un pasillo estrecho, iluminado solo por la luz mortecina que entraba por las saeteras. El aire allí era diferente: más frío, más denso, cargado de un olor a moho y a historia olvidada.

«José, mira», susurró Soledad.

Al final del pasillo, una puerta de madera reforzada con hierro se abría hacia un patio interior que no figuraba en el recorrido turístico. Era el jardín de azahar. A pesar de la tormenta, el aroma de las flores era tan intenso que resultaba embriagador. En el centro, bajo la lluvia, la fuente del león esperaba, con su boca de piedra abierta hacia el cielo.

7. El silencio de los archivos vivos

El frío en el pasillo del castillo no era solo climático; era una presencia física que parecía filtrarse por los poros. José, a pesar de su pragmatismo, sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Soledad, en cambio, caminaba con una seguridad casi sonámbula hacia el jardín de azahar. La lluvia la empapaba, pero ella no parecía notarlo. Sus ojos estaban fijos en la fuente del león.

«Es igual», decía ella, «exactamente igual a como lo dibujé».

José sacó una linterna de su mochila y barrió el patio con el haz de luz. El jardín estaba descuidado, con los naranjos creciendo de forma salvaje y las malas hierbas cubriendo los azulejos rotos. La fuente del león estaba cubierta de musgo verde y líquenes negros. El agua de la lluvia se acumulaba en la pila, desbordándose con un sonido rítmico.

«Tenemos que darnos prisa», urgió José. «Si los guardias hacen una ronda y ven la puerta abierta, estamos perdidos».

Se acercaron a la fuente. Soledad pasó sus manos por la cabeza del león, buscando el orificio que había visto en sus sueños. Sus dedos, entumecidos por el frío, palparon la superficie rugosa hasta que encontraron una hendidura justo detrás de la oreja de piedra.

«Aquí», susurró.

Sacó la llave de hierro de su bolsillo. La llave encajó perfectamente, como si hubiera sido retirada ayer mismo. Al girarla, no hubo un sonido metálico, sino un crujido de piedra contra piedra. La pila de la fuente comenzó a drenar el agua con rapidez, y el cuerpo del león se deslizó hacia un lado, revelando una abertura estrecha que conducía hacia abajo.

«No podemos bajar ahí ahora», dijo José, mirando el agujero oscuro. «No sabemos si el aire es respirable o si la estructura es estable. Además, necesitamos equipo».

Soledad lo miró con una mezcla de impaciencia y tristeza. «Si no bajamos ahora, José, no lo haremos nunca. Siento que el tiempo se está cerrando sobre nosotros».

En ese momento, un sonido metálico resonó en el pasillo por el que habían venido. Pasos pesados y el eco de una voz autoritaria. «¡Revisad el sector C! ¡Alguien se ha dejado la puerta de la poterna abierta!».

José no lo pensó dos veces. Empujó a Soledad hacia el hueco de la fuente y se deslizó tras ella, tirando de la cola del león para que la estatua volviera a su posición original. La oscuridad los envolvió por completo justo cuando la luz de una linterna potente barría el jardín de azahar desde la puerta.

Se quedaron inmóviles, conteniendo la respiración. A través de una pequeña rendija en la base de la fuente, pudieron ver las botas de un guardia acercándose. El hombre murmuró algo por su radio, quejándose del clima, y tras unos segundos que parecieron

horas, se alejó cerrando la puerta con estrépito.

Estaban atrapados en las entrañas del castillo.

«Bueno», dijo José en un susurro, encendiendo su linterna, «parece que tu sueño de vivir en un castillo se ha cumplido de la manera más literal posible».

El espacio donde se encontraban era una escalera de caracol tallada directamente en la roca de la colina. Los escalones estaban desgastados y eran peligrosamente resbaladizos. El haz de luz de la linterna de José apenas lograba penetrar la densidad de las sombras. Descendieron durante lo que parecieron veinte minutos, bajando cada vez más hacia el corazón de la tierra.

Al final de la escalera, se abría una estancia circular. Las paredes estaban revestidas de estanterías de madera podrida que sostenían cientos de legajos y cajas de metal. El olor era una mezcla de polvo, papel viejo y algo metálico, como sangre seca.

«Es un archivo», exclamó José, su instinto de investigador superando el miedo. «Es el archivo perdido de los Córdova».

Se acercó a una de las mesas y sacó un documento de una caja de metal que milagrosamente había resistido la humedad. Era un registro de tierras fechado en 1938. Al leerlo, sus ojos se abrieron de par en par. «Sole, mira esto. Aquí están las actas de transferencia. No fueron ventas legales. Fueron confiscaciones bajo amenaza de ejecución. Y aquí... aquí está el nombre del abuelo de Bautista. Actuó como juez y parte».

Soledad no estaba mirando los papeles. Estaba frente a una pared de la estancia donde colgaba un retrato al óleo, gravemente dañado por el tiempo. A pesar de las grietas en la pintura, el rostro de la mujer era inconfundible. Era Blanca. La mujer de sus sueños.

«No es solo un sueño, José», dijo Soledad, con lágrimas en los ojos. «Ella era mi abuela. La mujer que se quedó atrás para que Manuel

pudiera escapar. Ella protegió estos documentos con su vida».

De repente, un ruido sordo provino del techo de la cámara. No era el viento ni la lluvia. Eran golpes rítmicos, como si alguien estuviera intentando forzar la entrada de la fuente desde arriba.

«Nos han encontrado», dijo José, guardando rápidamente los documentos más importantes en su mochila. «Bautista no iba a dejar que unos turistas chilenos pasearan por su propiedad sin vigilancia. El hombre de la chaqueta gris debía ser uno de sus empleados».

Miraron a su alrededor buscando otra salida. En el plano de Manuel, había una flecha que indicaba un túnel hacia el río. Soledad recordó el dibujo y señaló una pesada cortina de terciopelo podrido en el fondo de la sala. Tras ella, había una abertura estrecha, un túnel que olía a agua corriente y a libertad.

8. Cenas con sabor a traición

La huida por el túnel hacia el río fue una odisea de barro y claustrofobia. José y Soledad emergieron a orillas del Guadalquivir, empapados y cubiertos de la suciedad de décadas, justo cuando las primeras luces del alba teñían de rosa el perfil del castillo. Lograron llegar a un camino rural y, gracias a la suerte de los desesperados, un camión de reparto los llevó de vuelta a Córdoba.

Sin embargo, el alivio duró poco. Al llegar a su hotel, encontraron a un hombre esperándolos en el vestíbulo. No era el vigilante de la chaqueta gris, sino un hombre elegante, de unos cincuenta años, con un traje de corte impecable y una sonrisa gélida.

«Señores Valenzuela, supongo», dijo el hombre, levantándose. «Soy Bautista. Me han dicho que han tenido una noche... accidentada en mi propiedad».

José intentó mantener la compostura, ocultando la mochila que contenía los documentos robados tras su espalda. «Fue un malentendido, señor Bautista. Nos perdimos durante la tormenta».

«Por supuesto», asintió Bautista, sus ojos escrutando a Soledad con una intensidad depredadora. «Un error muy común. Pero me gustaría compensarles por el susto. Me gustaría invitarlos a cenar esta noche en mi residencia. Hay temas de historia familiar que creo que nos interesan a ambos».

Soledad, para sorpresa de José, aceptó de inmediato. «Será un placer, señor Bautista. Tenemos mucho de qué hablar».

Una vez en la habitación, José estalló. «¿Estás loca? Ese hombre sabe que tenemos los papeles. Ir a su casa es meterse en la boca del lobo».

«Es la única forma de terminar esto, José», respondió ella con una calma que lo asustó. «Él tiene el poder, pero nosotros tenemos la verdad. Y él sabe que si esos documentos ven

la luz, su imperio de tierras y prestigio se desmorona. Necesita saber qué tenemos exactamente».

Pasaron el día revisando los documentos. Eran pruebas irrefutables de un crimen histórico: asesinatos encubiertos, identidades robadas y una fortuna amasada sobre la sangre de los Córdova. El anillo de sello de Soledad era la pieza final, la prueba de que ella era la heredera legítima de la rama principal de la familia.

La cena en la mansión de Bautista fue un ejercicio de tensión psicológica. La casa era un despliegue de lujo ofensivo, llena de antigüedades que Soledad reconoció como pertenecientes a su propia familia por los escudos tallados en los muebles.

«Ustedes buscan fantasmas», dijo Bautista mientras servía un vino tinto espeso como la sangre. «Pero los fantasmas no tienen derechos legales. Mi abuelo compró esas tierras en una época difícil. Los papeles que ustedes pudieron encontrar en ese... sótano

húmedo, no son más que papel mojado ante las leyes actuales».

«No buscamos dinero, Bautista», dijo Soledad, mirándolo fijamente a los ojos. «Buscamos que se reconozca quiénes somos. Buscamos que el nombre de Blanca Córdova sea limpiado de la infamia de haber sido una traidora, cuando fue ella la que salvó el legado familiar».

Bautista soltó una carcajada seca. «Blanca Córdova murió en una celda, olvidada por todos. Su hijo huyó como un cobarde. Ustedes no son nadie aquí. Son extranjeros con delirios de grandeza».

En ese momento, Soledad puso el anillo de sello sobre el mantel blanco. «Este anillo dice lo contrario. Y los documentos que José tiene en su poder, que ya han sido escaneados y enviados a nuestra hija en Chile, dicen que su abuelo nunca compró nada. Robó. Y el robo no prescribe cuando hay pruebas de asesinato».

El rostro de Bautista se transformó. La máscara de cortesía cayó, revelando una furia contenida. «Creen que son muy listos. Pero en esta provincia, yo soy la ley. Esos documentos nunca saldrán de aquí vivos».

Hizo un gesto y dos hombres armados aparecieron en la puerta del comedor. José sintió que el corazón le martilleaba en el pecho. Habían cometido un error táctico fatal. Pero Soledad no se movió.

«Si nos pasa algo», dijo ella con voz firme, «los correos electrónicos se enviarán automáticamente a la prensa nacional y a la fiscalía de Madrid. Mi hija tiene instrucciones claras. No estamos solos, Bautista. El pasado ha vuelto para cobrar su deuda».

Bautista dudó. El silencio en la sala era tan denso que se podía cortar. La lucha entre el poder del presente y la verdad del pasado se libraba en ese comedor de lujo, con el destino de una familia colgando de un hilo.

9. La cripta de los nombres borrados

La tensión en el comedor de Bautista se rompió no con violencia, sino con una llamada telefónica. El móvil de Bautista vibró sobre la mesa. Al ver el nombre en la pantalla, su expresión cambió de la furia al temor. Se retiró a un rincón para hablar, dejando a José y Soledad bajo la vigilancia de sus matones.

«Es Mateo», susurró José. «Le pedí que nos llamara si no dábamos señales de vida en una hora. Debe haber movido sus hilos».

Bautista regresó, pálido. «Parece que tienen amigos influyentes en el mundo de la cultura. No puedo permitirme un escándalo ahora que estoy negociando la venta de parte de los viñedos a un grupo internacional. Váyanse. Pero dejen el anillo y los documentos».

«El anillo se queda conmigo», sentenció Soledad, guardándolo en su mano cerrada.

«Y los documentos ya no están aquí. José, vámonos».

Los hombres de Bautista los escoltaron hasta la salida, pero al cerrar la puerta de la mansión, José supo que no estarían a salvo por mucho tiempo. Bautista solo estaba ganando tiempo para eliminarlos de una forma más discreta.

«Tenemos que ir a la iglesia de San Bartolomé», dijo Soledad mientras caminaban apresuradamente hacia el taxi que los esperaba.

«¿A la iglesia? ¿Para qué?».

«En los documentos que leímos en el túnel, había una referencia a una cripta. Blanca mencionaba que los restos de los Córdova 'sin nombre' descansaban bajo el altar principal. Si queremos pruebas físicas de que nuestra familia fue masacrada y no simplemente 'desaparecida', las encontraremos allí».

Llegaron a la iglesia, una construcción mudéjar de una belleza austera. El párroco, un hombre anciano y de aspecto cansado, los recibió con desconfianza. José le mostró una de las copias de los documentos y mencionó el nombre de Ricardo, el notario jubilado que Mateo les había recomendado.

«Don Ricardo me dijo que ustedes vendrían», suspiró el párroco. «Llevo cuarenta años guardando un secreto que pesa más que estas piedras. Vengan conmigo».

Los llevó a una pequeña capilla lateral y levantó una pesada alfombra, revelando una trampilla de madera. Descendieron por una escalera de piedra hasta una cripta fría y húmeda. Allí, alineados contra las paredes, había nichos sencillos. Lo que horrorizó a José fue ver que los nombres en las lápidas habían sido picados sistemáticamente con un cincel. Solo quedaban las fechas: 1939, 1940, 1941.

«Bautista padre ordenó borrar los nombres para que nadie pudiera reclamar la

propiedad de las tierras», explicó el párroco. «Pero yo guardé el libro de entierros oculto bajo el sagrario».

Soledad se acercó a una de las lápidas borradas. Sus dedos recorrieron las marcas del cincel. Sintió un dolor agudo, una conexión eléctrica con el sufrimiento de aquellos que habían sido despojados hasta de su identidad en la muerte.

«Aquí está ella», dijo Soledad, señalando un nicho en el rincón más oscuro. «Blanca. Mi abuela».

El párroco asintió en silencio. Soledad sacó el anillo de sello y lo colocó sobre la piedra fría. En ese momento, una pequeña placa de metal que estaba oculta tras una capa de cal se desprendió. Debajo, en una caligrafía diminuta grabada en el metal, se leía: «Soledad Córdova. El futuro recordará».

«Se llamaba como yo», susurró Soledad, rompiendo a llorar. «No era Blanca, mi abuela se llamaba Soledad. Blanca era solo el

10. El rastro de la sangre blanca

El párroco reaccionó con una rapidez impropia de su edad. «Por aquí, rápido. Hay un pasadizo que conecta con la antigua muralla. Si se quedan aquí, Bautista dirá que fue un accidente, un derrumbe en la cripta vieja».

José y Soledad siguieron al sacerdote por un túnel estrecho que olía a incienso y tierra húmeda. Mientras avanzaban, escucharon los gritos de Bautista arriba, exigiendo que abrieran la cripta. La impunidad con la que actuaba el terrateniente era un testimonio del poder que aún ejercía sobre la pequeña comunidad.

Salieron a un callejón trasero, lejos de las luces de los coches de Bautista. El párroco les entregó un pequeño bulto envuelto en tela. «Es el libro de entierros original. Llévenselo. Es la única prueba que queda de quiénes

están enterrados allí abajo. Si yo muero, que al menos la verdad sobreviva».

«Venga con nosotros, padre», pidió José.

«Mi lugar está aquí, hijo. A mí no se atreverá a tocarme, todavía hay límites que incluso un hombre como él teme cruzar. Pero ustedes corren peligro. Busquen a Ricardo, el notario. Él tiene la llave final».

Se separaron en la oscuridad. José y Soledad caminaron durante kilómetros por la periferia de Córdoba, evitando las avenidas principales. Finalmente, llegaron a una pequeña casa de campo en las afueras, donde vivía Ricardo. El notario los esperaba sentado en el porche, con una escopeta de caza sobre las rodillas.

«Mateo me avisó de que estaban en apuros», dijo Ricardo, invitándolos a pasar. «Bautista es un animal herido, y esos son los más peligrosos. Pero tengo algo que él ha buscado durante décadas y que nunca pudo encontrar porque mi padre, que también fue notario, lo escondió muy bien».

Ricardo los llevó a su despacho, una habitación atestada de libros legales y archivadores. De una caja fuerte empotrada en el suelo, sacó una pequeña caja de madera de olivo. Dentro había una llave de plata, mucho más refinada que la de hierro que Soledad había usado en la fuente.

«Esta llave no abre una puerta física», explicó Ricardo. «Abre una caja de seguridad en el Banco de España, en Madrid. Fue depositada allí en 1939 por don Alfonso Córdova bajo un nombre falso. Contiene los títulos de propiedad originales y, lo más importante, el testamento que designa a Manuel Córdova como único heredero».

Soledad tomó la llave de plata. Al tocarla, una visión fugaz cruzó su mente: su abuelo Manuel, llorando en la cubierta de un barco mientras veía alejarse la costa española, prometiendo volver algún día.

«¿Por qué nos ayuda, Ricardo?», preguntó José. «Usted vive aquí, se arriesga a las represalias de Bautista».

«Porque estoy viejo y cansado de las mentiras», respondió el notario. «Mi familia fue cómplice por omisión de lo que pasó. Es hora de que la sangre blanca de los Córdova regrese a su lugar. Pero tengan cuidado, Bautista tiene espías en todas partes. Llegar a Madrid no será fácil».

Pasaron el resto de la noche en la casa de Ricardo, trazando un plan. Decidieron que no tomarían el tren, sino que alquilarían un coche y viajarían por carreteras secundarias. José revisó el libro de entierros que el párroco les había dado. Sus manos temblaron al encontrar la entrada de 1939: «Soledad Córdova, fallecida por inanición y malos tratos en la prisión de la Torre Blanca. Sus restos han sido trasladados a la cripta de San Bartolomé sin identificación por orden superior».

Soledad leyó las palabras y sintió una paz fría. Ya no era solo una búsqueda de identidad; era un acto de justicia histórica. Su nombre, que siempre le había parecido

triste y solitario, ahora cobraba un significado de resistencia.

Al amanecer, se despidieron de Ricardo. El aire de la mañana era nítido y olía a tierra mojada. Mientras subían al pequeño coche de alquiler, Soledad miró hacia el horizonte, donde la silueta del castillo se alzaba como un gigante dormido.

«Ya casi termina, José», dijo ella.

«O acaba de empezar», respondió él, arrancando el motor.

No habían recorrido ni diez kilómetros cuando un todoterreno negro apareció en su espejo retrovisor. No intentaba adelantarlos, solo mantenía la distancia, como un lobo siguiendo a su presa. La persecución hacia la verdad final había entrado en su fase más crítica.

Vivinotes: La obtención de la llave de plata y el libro de entierros pone en manos de Soledad las pruebas definitivas para reclamar su herencia. Pronto una persecución por las

11. Visiones bajo la lluvia andaluza

El todoterreno negro los seguía con una persistencia aterradora. José intentaba mantener la calma, pero sus manos sudaban sobre el volante. Las carreteras secundarias de Andalucía, con sus curvas cerradas y sus cambios de rasante, no eran el mejor escenario para una huida.

«Trata de llegar a la autovía, José», instó Soledad. «Hay más gente, será más difícil que intenten algo».

Pero el conductor del todoterreno tenía otros planes. En una recta flanqueada por olivares interminables, el vehículo aceleró y se puso a su altura, intentando sacarlos de la carretera. José dio un volantazo, el coche derrapó sobre la gravilla pero logró mantenerse en el asfalto.

«¡Agáchate, Sole!», gritó José.

De repente, una lluvia torrencial comenzó a caer, oscureciendo el paisaje en segundos. Era una de esas tormentas de verano que transforman el mundo en un lugar acuático y confuso. La visibilidad se redujo a casi cero. José aprovechó un desvío hacia un camino de tierra que se internaba en una finca y apagó las luces del coche.

El todoterreno pasó de largo, perdiéndose en la cortina de agua. Se quedaron en silencio, escuchando el tamborileo de la lluvia sobre el techo de metal.

«¿Estás bien?», preguntó José, jadeando.

Soledad no respondió de inmediato. Estaba mirando por la ventana, pero sus ojos no veían el campo andaluz. Estaba de nuevo en el castillo. Pero esta vez, la visión era tan nítida que podía sentir el frío de la piedra en su espalda. Estaba en la celda de la Torre Blanca. Veía a la otra Soledad, su abuela, escribiendo con un trozo de carbón en la pared.

«José», susurró ella. «Ella no murió de hambre. La mataron porque sabía dónde estaba el testamento. Pero antes de morir, dejó una última pista. No está en Madrid. El banco es una distracción que Alfonso creó para ganar tiempo».

José la miró confundido. «Pero Ricardo nos dio la llave de plata. Dijo que era para el Banco de España».

«La llave es real, pero lo que abre no es una caja fuerte en Madrid. Abre un relicario que está en el castillo, en la única habitación que Bautista nunca ha podido abrir porque cree que está maldita: la habitación del obispo».

Soledad se sentía poseída por una claridad sobrenatural. Las piezas que antes eran fragmentos de sueños ahora formaban un mapa exacto en su mente. El testamento, los títulos de propiedad, todo estaba todavía dentro de los muros de la fortaleza, esperando a la verdadera heredera.

«Tenemos que volver al castillo», sentenció ella.

«¿Volver? ¡Están buscándonos para matarnos, Sole! Ir allí es suicidarse».

«Es el único lugar donde estaremos a salvo si logramos entrar. Bautista cree que estamos huyendo hacia Madrid. Nunca esperará que volvamos al corazón de su poder».

José dudó, pero al ver la determinación en los ojos de su esposa, supo que no había vuelta atrás. Aquella mujer de sesenta y nueve años tenía más fuerza que todo el ejército de Bautista.

Esperaron a que la tormenta amainara un poco y dieron la vuelta. Usaron caminos forestales que José recordaba de los mapas topográficos que había estudiado. La aproximación al castillo fue lenta y cautelosa. Al llegar a la base de la colina, dejaron el coche oculto bajo unos pinos y comenzaron la subida a pie, bajo la lluvia persistente.

Soledad guiaba el camino. No necesitaba el mapa de Manuel. Sus pies sabían dónde estaban las piedras sueltas, dónde los

guardias no miraban y por qué brecha de la muralla trasera se podía trepar. Era como si el castillo mismo estuviera facilitando su entrada, abriendo sus poros de piedra para recibir a su legítima dueña.

Entraron por la poterna de la cocina, un acceso de servicio que estaba mal vigilado. El interior del castillo estaba en silencio, solo roto por el goteo del agua y el eco de sus propios pasos. Se dirigieron hacia la torre norte, donde se encontraba la habitación del obispo.

Al llegar a la pesada puerta de roble, Soledad sacó la llave de plata. La cerradura era pequeña, casi invisible bajo una talla de un ángel caído. Insertó la llave y giró. La puerta se abrió sin un solo chirrido, como si los goznes hubieran sido aceitados esa misma mañana.

Dentro de la habitación, el aire era puro, con un ligero aroma a lavanda y cera de abejas. En el centro, sobre una mesa de altar, había un relicario de plata y cristal. Soledad se